

Alberto Lifshitz

José Francisco Oseguera Rodríguez y Leonardo Viniegra Velázquez

El humanismo en la formación del médico. Una metodología de evaluación

Universidad del Valle de México

Querétaro

2011

Se trata de un libro de formato pequeño, de 120 páginas, impreso en papel fino, de buen gusto, en una edición patrocinada por la Universidad del Valle de México en su cincuentenario, como parte de la serie “Diálogos y perspectivas del desarrollo curricular”. Este texto, según se menciona en la propia obra, fue la tesis doctoral del Dr. Oseguera, asesorada por el Dr. Leonardo Viniegra, entre otros. Además, se menciona que fue reconocida con mención honorífica por la Facultad de Educación y el Sistema de Estudios de Posgrado de la Universidad de Costa Rica.

Se trata, en esencia, de un trabajo de investigación que explora varias dimensiones del humanismo médico a partir del punto de vista de pacientes y profesionales de la salud, y con el propósito básico de ofrecer no sólo una alternativa para su evaluación sino para su desarrollo mediante estrategias educativas, de propiciar un cambio pedagógico de fondo y de revalorar las profesiones de salud en su relación con los pacientes. El centro es, desde luego, el concepto de humanismo médico, y en este sentido habría que reconocer que históricamente la semántica ha jugado algunas trampas. Con la misma raíz etimológica se habla de lo humano, lo humanitario, lo humanista y lo humanístico; se cultivan el humanismo y las humanidades; varios de los contenidos del humanismo aparecen en el

profesionalismo y en la ética médica. El uso en inglés de los términos *human* y *humane*, que tienden a traducirse de manera intercambiable, ha alimentado la confusión. Mientras que lo humano es lo propio del hombre, lo que lo distingue de los animales, es también el atributo atenuante de una acción que, sin ser totalmente lícita, es disculpable por la debilidad de la naturaleza del hombre; hasta recientemente se reconoce la naturaleza humana del médico que, por mucho tiempo, fue forzado a desempeñarse como un apóstol (o al menos a simularlo), y se empieza a aceptar que, como cualquier otro ser humano, tiene sentimientos e intereses, que es capaz de experimentar amor y odio, y que puede ser objeto de ambiciones y pasiones, que está muy lejos de ser perfecto.

El humanismo renacentista reconoce la supremacía del hombre y de los valores humanos en contraposición con lo que dominó por varios siglos en que todo ello se subordinaba a lo que fuera a ocurrir en la otra vida, en la vida eterna; no importa lo que ocurre aquí y ahora sí no es en función de la salvación del alma:

“Este mundo es el camino para al otro que es morada sin pesar”

“El goce de morir sin pena bien vale la pena de vivir sin goce”

El reconocimiento de los valores humanos no se restringe, por supuesto, al renacimiento europeo. El poema de Nezahualcoyotl ilustra el reconocimiento de lo humano en el mundo terrenal:

“Amo el canto del cenzontle
pájaro de cuatrocientas voces.
Amo el color del jade
y el enervante perfume de las flores.
Pero amo más a mi hermano, el hombre”.

Esta forma de ver el mundo propició un florecimiento de las artes y las ciencias como producto de la creatividad humana ya no supeditada exclusivamente al culto de la divinidad.

Para clasificar los conocimientos y segregarlos de las ciencias, las universidades crearon la idea de las humanidades para distinguir una serie de disciplinas que en su momento se calificaron como no científicas, como: la historia, la geografía, la literatura y que hoy forman parte de la cultura en su sentido más elitista.

Todos estos conceptos tienen, por supuesto, vínculos claros entre sí, pero no han dejado de generar confusiones. Por ejemplo, cuando se habla de un médico humanista no siempre se distingue si es un experto en la cultura, si tiene una orientación benevolente y caritativa, si está preocupado por el desarrollo de las potencialidades humanas o si cultiva una cierta corriente filosófica específica. Por supuesto que no necesariamente hay una contradicción, pero sí puede propiciar distintas interpretaciones.

Este libro sorteja tales confusiones mediante una definición que le permite guiar la investigación realizada y sus derivaciones: “humanismo médico es todo el conjunto de valores, actitudes y prácticas que promueven una auténtica vocación de servicio y dan lugar a considerar al paciente como un semejante que sufre y solicita alivio. Los aspectos más significativos que promueven el humanismo en el trato con los pacientes son: el afecto, el apoyo, el respeto y la solidaridad que, a la vez, son los que nos procuran la mayor cooperación posible del paciente para conocerlo mejor y ayudarlo más”.

Ciertamente, la competencia profesional de los médicos se ha centrado sobre todo en lo técnico. Lo que se evalúa es el conocimiento y la destreza al margen de sus cualidades humanas; desde el positivismo se ha menospreciado lo subjetivo porque no es más que un obstáculo para dar valor a la ciencia. El reconocimiento social histórico ha montado a los médicos en la cima de la soberbia, que se convierte en el principal obstáculo. Los pacientes necesitan un médico técnicamente competente pero que sea capaz de entenderlos en sus vivencias y percepciones.

Este trabajo, combinando metodología cualitativa con la cuantitativa, escucha la voz de los pacientes y la de los profesionales, y si bien su propósito no es contrastarla, sí es complementarla. A partir de entrevistas y encuestas surgen los componentes del humanismo que tendrían que

ser incorporados y evaluados. Las escalas de tales características, la apreciación que los distintos personajes les confieren, el llamado juicio ético pragmático, el índice de reactividad interpersonal, la consideración de las habilidades de comunicación y el índice de características humanistas de los médicos, todos ellos con propuestas pedagógicas y evaluativas.

La propuesta educativa es el remate de todo este trabajo. Es obvio que no pueden mejorarse las cualidades humanistas mediante una enseñanza tradicional, ni es un asunto de información, normas o decretos. Se tienen que propiciar vivencias que incidan significativamente en la vida de los alumnos, que propicien la reflexión y de las que surja un individuo nuevo. Cito:

“Generar las condiciones didacto-curriculares para que el educando construya su personalidad y su propio proyecto de vida como sujeto libre y responsable que respeta la libertad de los otros...”

Favorece que el educando eleve su nivel de conciencia y autoconciencia fomentando en él el asombro, la curiosidad, el deseo de descubrir y la capacidad de interpretar, explicar y criticar.

Contribuir a que desarrolle las características que el permitan interactuar comunicativa y cooperativamente con otros...

Contribuir a que cada uno elabore su propia identidad...

Propiciar la participación creativa de cada uno de ellos en la producción, reconstrucción y transformación de la cultura...”

Se pretende, pues, “formar profesionales con un profundo sentido de solidaridad humana y responsabilidad social...”

Esta es, pues, la propuesta. Basada en elementos empíricos, en apreciaciones, valores y percepciones de los actores de los actos médicos, surge la necesidad de una nueva didáctica, de una reconsideración de lo subjetivo, de hacer honor a los sufrimientos de los pacientes, de trascender el solo diagnóstico nosológico y su correspondiente tratamiento, de ubicar al personal de salud en un contexto social y cultural más amplio, de entender las necesidades de los pacientes y la sociedad, de abandonar la cúspide de la arrogancia; en suma, de transformar la visión estereotipada de la atención a la salud y de la educación médica para incursionar en áreas más propicias al cumplimiento de la elevada misión a la que se les ha destinado.